



LAURA BOLOGNESI

LASMUJERES QUEHABITABAN LA NOCHE

8

LAURA BOLOGNESI

Título original: Las mujeres que habitan la noche

Autora: Laura Bolognesi

Águila ediciones www.aguilaediciones.com

Mendoza / Argentina

8

Copyright © 2020 por Laura Bolognesi

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual



ÍNDICE

Agradecimientos	13
Prólogo	15
Capítulo 1	19
Capítulo II	29
Capítulo ш	51
Capítulo IV	57
Capítulo v	65
Capítulo vi	69
Capítulo VII	73
Capítulo vIII	81
Capítulo IX	85
Epílogo	89
Sobre la escritora	93
Contactos	97

Por las mujeres que me antecedieron, por las que me acompañan, y por las de las próximas generaciones. Ni un paso atrás.

Laura

Declarado de Interés por la Honorable Cámara de Diputados de la Provincia de Mendoza

Resolución Nº 876/20

AGRADECIMIENTOS

Este libro comenzó siendo una vía de escape, un elemento de catarsis para contar las cosas que me dolían del mundo, para escapar de mis momentos tristes o, simplemente, para dejar fluir las historias que se narraban en mi mente y necesitaban ser volcadas, de algún modo, en el plano real.

Pero, de algún modo, comenzó a volverse un proyecto colectivo, colaborativo, lleno de amor que se plasmaba en distintas formas. Por eso quiero agradecer a cada una de las personas que hizo posible que este sueño, que traigo en mis entrañas desde que tengo memoria, se volviera realidad.

A Ana Brennan, por su hermosa música, compuesta para acompañar las aventuras de Sofía; a Darío Torre, quien generosamente realizó el diseño editorial con su mirada y talentos únicos para tan ardua tarea; a Daniel DeCara, por la bella ilustración, realización y edición del material audiovisual

inserto en el libro; a Jimena Politino, por su prólogo, que me emocionó hasta las lágrimas; a mi hermana, Silvia Bolognesi, por escribir tan amorosamente mi biografía, ya que yo no podía escribir sobre mí misma; a mi hermana Viviana Bolognesi y a mis amigas del alma Romina Marti, Claudia Bermejillo, Rosana Rojas, Celia Araya y Ayelén Castillo, quienes pusieron sus voces al dolor de las mujeres de esta historia.

Gracias a mi familia, Jorge y Felipe; mi mamá, Silvia; mis hermanas Gabriela, Silvia y Viviana; mi hermano, Leonardo; a mi papá, Rolando, que es mi ángel guardián; a mis tíos Roberto (Tito) y Luis (Caro); a mi abuela Ida; a mi hermana por elección, Diana; a mi amigo querido Adrián, quien me acompaña desde otro plano.

A Paula Zelaya, Eugenia Cámara y Ornella Cuccia por creer que *Las mujeres que habitaban la noche* puede ser una herramienta para educar y desnatiralizar la violencia de género en las nuevas generaciones.

Y a quienes no están en esta página pero sí en mi corazón por ser parte de mi vida y compartir las suyas conmigo. A todos/as y cada uno/a de ustedes ¡Gracias infinitas!

Laura.

Prólogo

«Que nada nos defina, que nada nos sujete, que la libertad sea nuestra propia sustancia»; Simone ya lo había pronunciado, y Laura y yo (y ni siquiera nuestros padres) habíamos nacido. Pero, evidentemente, hay planes que están destinados a suceder, y si bien Laura no pertenece al árbol genealógico de Beauvoir, lleva en ADN esa misma libertad que le permite romper barreras, perseguir sueños y animarse siempre a más.

Claro que no ha sido un camino fácil, y como expresa Gioconda Belli en el *País de las Mujeres*, «desde niñas nos entrenan para que dudemos de nuestro criterio, por emocional, sensible, subjetivo o por falto de racionalidad».

Pero si hay algo que le sobra a este libro es convicción. Convicción para sumar a muchas más, para que sus voces sean escuchadas, combinadas para lograr la igualdad; convicción para seguir revisando y equilibrando inequidades.

En este, su primer libro, el personaje principal es un reflejo de ella misma, la lucha por sus ideales y anhelos de libertad. Parafraseando a Luciana Peker, «*El futuro es feminista. No hay futuro posible sin igualdad*». Es por eso que espero que Sofía Rivera tenga más historias que contar.

Jimena P. Politino

Capítulo i

8

a joven Anabel Leiva fue hallada muerta, envuelta en bolsas de basura... era buscada intensamente desde el domingo por la tarde... Detallaba el informe del noticiero de las seis. De espaldas al televisor, Sofía Rivera trataba de concentrarse en su trabajo para la Maestría en Periodismo de Investigación. Las palabras resonaban en su mente como dagas: muerta, bolsas de basura...¿Cuántas más deben morir para que el Estado de Targos tome este tema con seriedad?, se preguntó. Cerró su laptop resignada, ese día no podría avanzar más. Sólo podía pensar en la mirada de la chica de 16 años que sonreía desde la portada del diario; habían usado su foto de perfil de Facebook para la búsqueda. Sus ojos profundos, llenos de una vida que alguien había decidido apagar, la interpelaban.

Tomó nuevamente su computadora y comenzó a escribir frenéticamente: somos descartables, arrojan nuestras vidas a la basura luego de vejar nuestros cuerpos, mentes y almas, con la complicidad de un Estado que permanece en silencio frente al horror ¿Están anestesiados contra el dolor de las mujeres? Continuó escribiendo durante una hora más, con ansiedad, sintiendo que debía sacar las palabras de su pecho para no explotar. Al terminar, sin hacerle su obsesiva revisión gramatical, envió el texto a Alberto Fredes, su Editor en Jefe en el Diario República; el asunto del correo en mayúsculas, MI COLUMNA DE OPINIÓN, SI NO LA PUBLICAS RENUNCIO. Media hora después recibió una escueta e irónica respuesta: sí, jefa.

Abrió una botella de cerveza y comenzó a beberla lentamente, mientras observaba la ciudad desde su ventanal del cuarto piso. Las luces se iban encendiendo de a poco y la gente caminaba como si el mundo siguiera igual que el día anterior. Quizás para muchos sí; para ella no.

Aunque su participación en las marchas, debates y estudios feministas no era nueva, se sentía más indignada que de costumbre ante ese tipo de noticias. La naturalización de la muerte violenta de tantas mujeres comenzaba a dolerle en el alma. Se negaba a tomar como «normal» un femicidio. Anabel era la décima mujer asesinada brutalmente en dos semanas. Estoy harta de ver que el mundo sigue girando mientras las mujeres mueren en bolsas de basura. Quizás sea hora de buscar otras formas de defendernos, pensó mientras sorbía el último trago de cerveza.

Aquella noche durmió muy mal, la mirada penetrante de la joven asesinada la seguía en sus sueños como si estuviera suplicándole ayuda; la veía morir una y otra vez sin poder evitarlo. Despertó agitada y bañada en sudor, presa de una angustia incontenible. Encendió la luz de noche para beber agua

y se quedó paralizada del horror: allí, a los pies de su cama, estaba parada Anabel, cubierta de tierra y sangre, mirándola fijo como en sus sueños, pero esta vez la presencia era real. Se miraron mutuamente unos segundos hasta que la figura fantasmagórica desapareció, dejando a Sofía sumida en el pánico y la sorpresa.

8

A la mañana siguiente fue a trabajar con una excitación inusual. No podía dejar de pensar en la aparición de la noche anterior. Mientras esperaba en la fila para comprar un café y pensaba en esto, su teléfono comenzó a vibrar sin parar. Eran cientos de notificaciones por los comentarios e interacciones que estaba teniendo su columna de opinión. Alberto había cumplido, publicándola en la versión papel y en la digital. Las repercusiones no tardaron en llegar: miles de respuestas apoyando sus palabras; otros miles de usuarios compartiendo el texto en sus propias redes sociales, y muchos mails felicitándola por redactar un artículo tan crudo y conmovedor, con tanto corazón. Claro que también había detractores, pero Sofía eligió ignorarlos y centrarse en el debate y el movimiento social que sus palabras estaban generando.

Al llegar a la redacción sus compañeros la felicitaron y, por un momento al menos, olvidó a la muchacha de ojos negros a los pies de su cama.

- ¡Sofía, a mi oficina! – gritó Alberto desde el otro lado del gran salón de redacción.

- ¿No estás contento con las repercusiones? preguntó la periodista mientras cerraba tras de sí la puerta del despacho vidriado de su jefe.
- Yo sí, pero el Jefe de Gabinete y la Subdirectora de Género no.
- ¿Y desde cuándo te importa?
- Desde nunca, por eso quiero que sigas trabajando este tema. Creo que has tocado la punta del iceberg con tu columna de opinión sobre la falta de políticas de Estado en materia de género. Quiero que hagas un informe central, investigando los femicidios de los últimos dos años y veamos cómo han actuado el Gobierno y la Justicia en cada caso. Que tu indignación, que también es la de miles de lectores, sirva para algo más. No nos quedemos en la queja.
- Voy a obviar tu comentario machista sobre la «queja», que en realidad es ponerle palabras al horror para visibilizarlo, y haré lo que me pides respondió irónica.
- Bueno, fue sólo una expresión se disculpó Alberto con gesto de «no exageres».
- Las palabras y las expresiones crean el mundo en el que vivimos; hay que usarlas con cuidado. Si vas a profundizar en el tema, no te vendría mal comenzar tu propio proceso de deconstrucción, más allá de que sea rentable para el diario aclaró Sofía, sabiendo que no se trataba de un interés social, sino de presionar al Gobierno para que les diera una porción de pauta publicitaria oficial.

Sin embargo, no iba a dejar que eso la detuviera. Era una oportunidad para hacer algo más concreto por la causa que defendía desde hacía años. Comenzó a trabajar enseguida y pasó el día revisando archivos de viejos artículos sobre femicidios. A muchos de ellos los recordaba, pero volver a ver las imágenes de las mujeres cruelmente asesinadas la conmovía al borde de las lágrimas. Todas ellas compartían la mirada de Anabel, en las fotos de sus respectivas búsquedas; sonrientes, despreocupadas. Pero ya no estaban. Pensó en la aparición a los pies de su cama y un escalofrío le recorrió la espalda. *Seguramente seguía soñando y me lo he tomado muy en serio*, se dijo a sí misma para tranquilizarse.

Por la noche, al salir de la redacción, caminó con lentitud, demorando sus pasos para no llegar a su departamento solitario. Sentía miedo de lo que podía encontrar allí o, peor, temía estar enloqueciendo. Sacó el celular de su bolsillo y pensó en llamar a su madre; quizás podría pasar la noche allí, aunque no le quedaba cerca. ¡Qué infantil! Tengo que volver a mi casa. Los fantasmas no existen. Como dice mamá, hay que temerle a los vivos, no a los muertos.

Al llegar a su departamento todo parecía normal. Cenó, bebió una cerveza y luego se bañó para relajar el estrés del día. Mientras, su celular seguía vibrando con las notificaciones por su nota que, incluso, había sido destacada por colegas de otros medios.

Se acostó satisfecha por los resultados de su trabajo. Sentía que había escrito con el corazón y que había sido oída. Se durmió inmediatamente, olvidando el incidente de la noche anterior.

Un grito la despertó a la madrugada, alguien la llamaba por su nombre, desde lejos. Asustada, encendió la luz de noche y allí estaba otra vez Anabel; pero no estaba sola, a su lado había una mujer morena de unos treinta años, con un sencillo vestido celeste, sucia de tierra y sangre que brotaba de su cabeza; y una joven rubia, con heridas de cuchillo y la ropa desgarrada. Las tres la miraban fijo, como si quisieran transmitirle su dolor. Y vaya que lo sentía.

Sofía recordó el rostro de la joven rubia, pues lo había visto esa tarde revisando artículos de femicidios en el diario. Era Marina Méndez, violada y asesinada dos años atrás, por un grupo de hombres, en una playa de Targos. Los culpables seguían en libertad.

A la mujer morena no la reconoció y no alcanzó a mirarla en detalle, porque las tres se esfumaron en el aire tan rápidamente como habían aparecido. Se quedó inmóvil, su corazón latía con fuerza y le faltaba el aire. ¿Qué quieren de mí?, se preguntó aterrada.

8

¿Me estaré volviendo loca?, pensaba mientras veía el amanecer desde su cama pues no había vuelto a conciliar el sueño luego de que los espíritus desaparecieran. Quería hablarlo con alguien, quizás su mejor amiga, Isabella, pudiera ayudarla a entender qué le estaba pasando. Es demasiado escéptica, creerá que estoy perdiendo la cordura, pensó.

Estás obsesionada con el tema de los femicidios, le dijo su amiga esa tarde luego de que le contara sobre las apariciones. Quizás tenía razón, pero ¿qué haría ahora que debía elaborar un informe completo sobre el tema? No lo tomes personal, es sólo otro informe de investigación más, no puedes salvar el mundo tu sola Sofía, le aconsejó Isa.

De vuelta en la redacción comenzó a escribir el borrador del informe para determinar qué datos usaría y cómo conseguir-los. Enseguida supo que no podría tratarlo como un artículo más; se sentía involucrada, interpelada, dolida. Cada muerte era como una puñalada en su alma, pero no lograba descifrar porqué. Desde las fotos, Anabel, Marina y muchas mujeres más, la miraban fijo, tratando de decirle algo.

Aquella tarde revisó minuciosamente cada nota publicada en los últimos dos años sobre femicidios. Rastreó todos los medios del país y las cifras oficiales de los organismos feministas; los números la espantaron: en promedio ocurría un femicidio cada 26 horas en Targos, 327 en el último año; dejando un terrible saldo de 235 hijas e hijos sin madre¹. ¿Qué carajo pasa en este país?, se preguntó indignada.

- ¿Todavía aquí? la sorprendió Alberto al verla sola en la redacción pasadas las nueve de la noche.
- Sólo un rato más. Este informe será bastante complejo, te adelanto.
- Eso espero, pero no te obsesiones. Eres buena investigadora cuando no te tomas las cosas de manera personal.

- -¿Qué quiere decir eso? ¿Acaso viste las repercusiones de mi columna de ayer? ¿Cómo no tomarme personal la muerte de cientos de mujeres cuando yo o cualquiera de las que me rodea puede ser la próxima?
- -No te enojes, sólo digo que lo trabajes con calma. No me sirve que te desgastes en un solo tema, eres una de mis mejores periodistas.
- No entiendo si es un consejo, un insulto o un cumplido.
- Como sea, no te quedes hasta tarde, porque claramente te pone de mal humor.

Sofía se quedó pensando en las palabras de su jefe. No era mal tipo, pero no entendía lo que ella sentía, como mujer, al ver a otras mujeres morir de manera cruel a manos de personas que supuestamente las amaban o a manos de grupos de machos descontrolados. Entendió que, así como para el diario República la temática no era prioridad, tampoco lo era para el Estado ni la Justicia.

Siguió investigando un poco más hasta que un ruido al otro lado del salón la sobresaltó. Creyó estar sola en la redacción. Quizás era el guardia del edificio, haciendo su ronda nocturna.

- ¿Tony?, preguntó en voz alta, pero nadie respondió.

Otro sonido brusco, proveniente de la oficina de Alberto. Caminó hasta el cubículo de vidrio y encendió la luz, pero todo parecía estar en su lugar. Al girar para volver a su escritorio, una visión la detuvo en seco: la mujer morena con sangre en la cabeza y tierra en su vestido celeste la miraba suplicante a pocos metros de distancia. Sofía la observó aterrada, sin moverse ni pronunciar sonido. Nuevamente el espíritu desapareció, como lo había hecho la noche anterior en su departamento. ¡Me estoy volviendo loca!, pensó la periodista mientras tomaba sus cosas y huía despavorida de la redacción.



Incierto hoy / Ana Brennan / https://vimeo.com/441809655

1 Registro Nacional de Femicidios 2019. Observatorio AHORA QUE SÍ NOS VEN. Argentina. https://ahoraquesinosven

Capítulo II

8

quel sábado amaneció agotada. El cuerpo le dolía y la cabeza parecía estallarle. Casi no había dormido pensando en la mujer morena y en las otras apariciones. Comenzó a preguntarse si Isabella y Alberto tenían razón; quizás su obsesión con el tema le estaba jugando una mala pasada. Decidió pedir más tiempo para entregar ese informe y, mientras, trabajar en otras noticias.

El teléfono interrumpió sus pensamientos.

- ¡Al fin me contestas! le reclamó Julia, su madre.
- Mamá, me duele la cabeza, no me grites.
- ¿Estuviste de fiesta?
- Ojalá- respondió sin revelarle la verdadera causa de su malestar.

- Podría ir y quedarme a cuidarte hasta que mejores, así al menos puedo verte.

Sofía lo pensó un momento y decidió que salir de la ciudad por el fin de semana le vendría bien. Además, no quería estar sola en ningún lado.

- Mejor yo voy a quedarme en tu casa mamá, me hará bien el aire del campo.
- ¡Qué milagro! Lamento que estés enferma, pero si eso te trae a casa, yo no me quejo. Te espero, voy a preparar algo rico para almorzar, porque seguramente no estás comiendo bien.

Y en esto también tenía razón; últimamente casi no comía. Las apariciones de mujeres ensangrentadas le habían quitado el apetito.

8

Julia vivía a una hora del centro de Targos, en un distrito rural llamado Buenaventura. Aún mantenía el negocio heredado de su padre, Óscar: cría y entrenamiento de caballos. Sofía solía decirle a su madre en broma *creo que amas más a esos caballos que a mí*.

- Es que a ellos los veo más seguido- bromeaba también Julia.

No tenían mala relación, pero su madre tendía a ser tan sobreprotectora que Sofía se sentía sofocada a veces. Por eso había elegido mudarse a la ciudad; aunque también había influido su pasión por el periodismo. Sin embargo, aquel día pensó que su casa materna era el mejor lugar para estar. Allí se sentía segura.

Al entrar al pueblo lo notó cambiado; había más tiendas y bares que antes. También se dio cuenta de que no había nadie a quien conociera. Pero eso le pareció natural, pues llevaba años sin ir y, además, la casa de su madre estaba en las afueras de Buenaventura

La tupida arboleda a la vera del camino le anunció la cercanía del rancho «La Victoria», donde su madre la esperaba con un almuerzo que podría alimentar a diez personas.

- ¡Mamá! ¿Cuánta gente viene a comer?- bromeó.
- No te quejes, estás muy delgada, seguro no estás alimentándote bien ¡Hasta tienes ojeras! dijo mientras le tomaba la cara con las manos para inspeccionarla.
- Estoy bien, sólo necesito descansar un poco- respondió corriendo el rostro para no demostrar su preocupación y miedo.

Y realmente lo necesitaba: dormir sin interrupciones fantasmales o lo que más temía, alucinaciones. ¿Se estaría volviendo loca o esas mujeres realmente se presentaban ante ella? Ya no quería pensar más en el tema.

Luego del potente almuerzo, subió a su antiguo cuarto, ahora transformado en habitación de huéspedes, pues a su madre no le gustaba conservar recuerdos, *es deprimente tener la casa llena* de cosas viejas que ya nadie usa, solía decir. Así fue como, apenas Sofía se mudó a la ciudad, Julia redecoró toda la casa para no sentir la ausencia.

Se tiró en la cama, agotada por las noches sin dormir y el estrés, y se durmió enseguida. Cuando abrió los ojos, ya era de noche. Miro la hora en su teléfono y descubrió, sorprendida, que había dormido más de tres horas. Sonrió aliviada al sentir el cuerpo relajado por el sueño sin interrupciones.

- ¡Despertaste! En verdad estabas cansada hija...- exclamó Julia al verla bajar las escaleras.
- Supongo que sí respondió aún somnolienta.

Mientras preparaban la cena, conversaron sobre el diario y su trabajo como periodista; pero Sofía evitó contarle lo que había sucedido en los últimos días.

- ¿Estás escribiendo algo interesante? ¿Algo que te guste?
- No, nada que valga la pena contar mintió- mejor cuéntame tú ¿estás saliendo con alguien? ¿Cómo va el rancho? ¿Algún chisme en el pueblo?
- Ay hija... no se te quita el hábito de interrogar a las personas, incluso cuando no estás trabajando suspiró divertida- responderé en orden: no, muy bien, y la hija de la señora Torres es lesbiana.

- Eso no es novedad, todos en la escuela lo sabíamos. Me alegra que finalmente pueda vivir su sexualidad libremente.
- Su madre no está muy feliz, pero ya se adaptará ¡Hasta conoció a la novia!
- ¿Qué más da con quién se acuesta una persona? Eso no nos define. Me molesta que hablen de alguien revelando si es homosexual; los heterosexuales no andamos diciéndolo por ahí. A nadie le importa a quien te cojas, perdón por la expresión mamá, pero es así. Así que ¡Salud por la hija de la señora Torres! dijo mientras levantaba un vaso de agua y bebía un largo sorbo.
- Es que en los pueblos es diferente, cuesta más adaptarse, pero supongo que no quedará otra opción. ¿O sino qué? ¿Dejaremos de amar a nuestros hijos o hijas porque aman a alguien del mismo sexo?
- Ojalá que no. Ojalá todas las señoras Torres del mundo lo vean así, mamá. Ahora a lo importante, ¿Por qué no aceptas salir con alguien? Sé que hay muchos hombres del pueblo interesados en ti; y ya es hora mamá, papá murió hace quince años. No hace falta que sean novios, pero te haría bien salir a divertirte, trabajas demasiado.
- No quiero hablar de eso, simplemente no me interesa. Y, que yo sepa, tu no haces otra cosa más que trabajar, por eso estás tan estresada.

- Touché, se acabó el interrogatorio.
- Me parece bien. Acompáñame a encender las luces del parque y los establos; la noche está hermosa afuera.

Desde que su abuelo Óscar había fundado el rancho, habían pasado por épocas muy duras; en especial cuando Victoria, su esposa y madre de Julia, lo abandonó. Julia no hablaba del tema, pero Sofía sabía, por los chismosos del pueblo, que su abuelo había sido alcohólico y se sospechaba que golpeaba a «su mujer». Cuando se quedó solo con su hija de dos años de edad, dejó que el lugar se desmoronara, pasaron años sin mejoras, muchos caballos murieron y; al verse acorralado por las deudas, se disparó en la cabeza, en una de las caballerizas, dejando a la niña, ya de quince años, huérfana.

Desde entonces, Julia no se permitió hacer el duelo, debía ocuparse de sobrevivir sin caer en instituciones del Estado o de algún pariente desagradable. Abandonó sus estudios y se dedicó a trabajar incansablemente para levantar el rancho. Era experta en caballos pues había crecido con ellos, por lo que creó la primera Escuela de Jinetes de la región y, aunque le llevó años, logró transformar aquel decadente lugar en uno de los más prestigiosos del país. Había construido más establos y tenía los mejores caballos de exhibición y de carrera.

En el medio, se había casado, sido madre y enviudado, pero nada la detenía. Sofía solía pensar que su madre reprimía el dolor porque si se permitía sentirlo, se vendría abajo como Óscar.

Mientras recorrían el parque encendiendo las luces, Sofía pensaba en la valentía de su madre y en lo poco que hablaba de su pasado. No había fotos de su difunto esposo ni de sus padres; ella no tenía idea de cómo eran sus abuelos.

Al entrar al establo principal, el primero construido por Óscar y luego ampliado por Julia, Sofía comenzó a encender todo mientras su madre revisaba cada una de las caballerizas para asegurarse de que todos los caballos estuvieran bien. Caminó hacia el final del establo y al tocar el interruptor, una horrible visión apareció bajo las luces parpadeantes: la mujer morena, de vestido celeste y sangre en la cabeza, estaba parada allí, junto a uno de los caballos. La miraba fijo sin hacer ningún tipo de sonido o movimiento. Sofía se quedó paralizada temiendo que desapareciera nuevamente pero, al mismo tiempo, aterrada de que se quedara.

- ¿Sofi, estás bien? Te ves pálida.
- No mamá, no me siento bien, necesito salir de aquí...- respondió apoyándose en la pared, mareada por el espanto-Tengo algo que contarte.

8

- ¿Crees que estoy loca? le preguntó a su madre luego de relatarle las apariciones de los últimos días.
- No, pero sí creo que te estás tomando este informe de manera muy personal. Te involucras demasiado, con esto del feminis-

mo y ninguna de esas mujeres muertas era amiga o conocida tuya...

- ¡Mamá! la interrumpió Sofía ofuscada. Hoy no es ninguna de mis amigas, pero mañana podrían serlo; incluso yo misma.
- ¡Ay hija no lo digas ni en broma!
- Precisamente, no es broma. Es muy serio mamá. No se trata del feminismo, se trata de ponerse en el lugar de la otra ¿o creés que esas mujeres no tenían madres que las esperaban?
- Bueno, quizás esas mujeres no estaban tomando las precauciones...
- ¿Y por qué las mujeres debemos tomar precauciones para evitar que nos maten? ¿Por qué no, simplemente, respetan nuestras vidas y nuestra integridad física y psíquica? No me vengas con eso de que hay buenas y malas víctimas, porque es muy injusto. Hay víctimas y victimarios. Las mujeres merecemos vivir y andar por el mundo libremente, sin miedo a que uno o varios locos de mierda nos violen y nos arrojen en un basural sólo por ser mujeres. No hay excusa ni justificación que valga ¿Qué harías si yo desapareciera mamá?
- Me moriría de angustia reflexionó mirando el suelo.
- Entonces no juzgues a otras mujeres, porque gracias al desamparo del Estado, todas estamos expuestas.

- Está bien hija, no te enojes. Mejor vayamos a cenar y descansar que hoy ha sido un día muy largo – dijo alejándose hacia la cocina. Se volvió un instante y repitió – Sofía, si algo así te pasara, creo que sería capaz de matar con mis propias manos al responsable o moriría en el intento.

Después de cenar, Sofía se acostó nerviosa y angustiada. Las apariciones la hacían dudar de su cordura, pero también la asustaba que la gente, incluso su propia madre, naturalizara los femicidios y hasta se dieran el lujo de juzgar a las víctimas.

Mirando el techo en la penumbra fue cayendo en un sueño profundo, una especie de sopor inexplicable. De pronto, el grito de una mujer llamándola por su nombre la despertó sobresaltada. Encendió la luz de noche preocupada por su madre, pero no era ella quien gritaba. Allí, al pie de su cama estaban nuevamente: Anabel, Marina, la mujer morena del establo y cinco mujeres más. Todas ellas llenas tierra y sangre, con heridas de cuchillo, armas de fuego y moretones. Asustada se sentó en la cama sin quitarles la vista de encima, la asustaban, pero también la intrigaban

- ¿Qué quieren de mí? ¿Por qué se me aparecen así?... dejen de torturarme, ¡no puedo revivirlas!- sollozó con desesperación.

Ninguna de las mujeres emitió sonido, sólo se limitaron a mirarla con ojos sufrientes, hasta que la mujer morena señaló el escritorio donde estaba su laptop. Luego se desvanecieron como siempre. En ese instante su madre entró a la habitación, preocupada por oírla llorar y hablar a esas horas de la noche.

- ¡Estás ardiendo de fiebre hija! dijo tocándole la frente Te traeré algo para aliviarte.
- No me dejes sola suplicó tomándole la mano a Julia mientras le hacía un lugar en la cama para que se acostara a su lado.

Estaba aterrada, pero de algo estaba segura: aunque le costara su salud mental, descubriría qué esperaban esas mujeres de ella.

8

Cuando abrió los ojos el sol brillaba en lo alto; se sentía enferma, con fiebre y espasmos terribles en la espalda. Era casi medio día y su madre se había levantado hacía horas. Sin pensar en el malestar de su cuerpo, se levantó y caminó lentamente hasta su laptop ¿Por qué la habría señalado la mujer morena? Quizás quieren que publique sus historias, pensó mientras se sentaba frente al escritorio restaurado de Julia. Observó los objetos que lo decoraban y uno en particular llamó su atención: un pequeño frasco con una llave en su interior; intentó sin éxito abrir con ella los cajones del escritorio, pero no encajaba.

Adolorida y cansada abrió su laptop dispuesta a escribir su artículo. Tomó su cuaderno de apuntes y agendó los pasos a seguir: llamar a la Subdirectora de Género, consultar registros de mujeres desaparecidas en los últimos dos años; y descubrir quién era la mujer morena. Sus ojos eran los que más la interpelaban, como si hubiese una especie de conexión entre ellas.

- ¡Nada de trabajo! la interrumpió Julia Ni siquiera has desayunado, estás débil y con fiebre- dijo mientras le palpaba la frente- Hoy te quedarás en cama y yo voy a cuidarte ¡nada de trabajo!
- Mamá estoy bien respondió tosiendo.
- ¿En serio? No seas tan terca hija.
- ¿De dónde lo habré heredado? preguntó irónica mientras regresaba a la cama con la computadora en brazos.

Aunque le dolía la cabeza no quería abandonar su tarea; *es esto o volverme loca*, pensó mientras accedía al servidor remoto del diario para buscar en los archivos y continuar su investigación. Varias de las mujeres que había visto la noche anterior figuraban en noticias de desapariciones; otras habían sido asesinadas por sus parejas o por desconocidos; pero no había rastros de la mujer morena.

Comenzó a escribir ideas sueltas, porque nada le generaba más ansiedad que el cursor titilando sobre la página en blanco. La mirada de estas mujeres estaba grabada a fuego en su mente, como una súplica silenciosa.

- ¿Mamá sabes de dónde es esa llave? preguntó señalando el frasquito sobre el escritorio cuando Julia entró con el desayuno.
- No, creí que podía ser de algún cajón de esta habitación, pero no ¿Por qué?

- Curiosidad- respondió mientras sorbía el té con miel.
- Sé que querías irte a la ciudad de vuelta, pero me parece que te haría bien descansar un poco. No te ves para nada bien.
- No sé mamá, tengo mucho trabajo por hacer.
- Enferma no servirás mucho. Además, puedes trabajar desde aquí si es tan urgente.
- Está bien, pero debes dejarme trabajar suspiró.
- ¡Claro que sí! Me encanta tenerte en casa dijo exaltada Julila mientras dejaba la habitación.

Al quedarse sola, tomó su celular y marcó a su amigo Manuel Peralta, periodista político del República.

- Necesito el teléfono personal de Rebeca Valdéz.
- ¿Hola, no? ¿Para qué quieres el teléfono de la Subdirectora de Género?
- Estoy investigando algo...
- Que no piensas contarme...
- -No, ya sabes cuál es mi forma de trabajar los proyectos de investigación. Cuando tenga algo concreto te contaré más.
- De acuerdo, pero no le digas que yo te lo di.

- Tranquilo. Gracias.

Inmediatamente después de colgar con Manuel, marcó el teléfono de Valdéz.

- ¿Diga? respondió una voz femenina.
- Buen día Subdirectora, soy Sofía Rivera, del diario República. Lamento molestarla en domingo, pero me gustaría hacerle algunas preguntas para una investigación que estoy realizando.
- La verdad no tengo tiempo, y mucho menos después de leer su editorial, en la cual me acusa especialmente a mí de abandonar a las mujeres a su suerte.
- Precisamente, quisiera darle el derecho a réplica. Las cifras de femicidios en los últimos dos años son muy graves, y me gustaría saber su opinión al respecto.
- El Estado tiene muchos frentes abiertos, no puede destinar todo el presupuesto nacional a una sola subdirección.
- ¿Entonces es una cuestión de presupuesto?
- Como todo en la vida.
- Pero aquí hablamos de la muerte. Muertes que se podrían evitar desde la subdirección, si se realizaran acciones más concretas para proteger a las mujeres.

- No necesito que me diga cómo hacer mi trabajo, señorita Rivera – respondió irónicamente la subdirectora.
- No es mi intención ofenderla. Sólo quiero conocer mejor su plan de trabajo ¿No hay forma de incrementar el presupuesto? Actualmente el Estado destina solo once pesos por cada mujer en situación de violencia. ¿No es posible tener un registro más funcional de los hombres denunciados por violencia de género para evitar que violen la restricción de acercamiento? ¿No puede presentar un proyecto de ley para que las manadas de violadores y femicidas sean juzgadas con mayor celeridad y severidad? ¿No puede pedir que eleven la subdirección al rango de Ministerio? ¿No...
- ¡Basta! gritó Valdéz al otro lado de la línea- ¿usted cree que no he intentado todo esto, cada puto día, desde que asumí en ese puesto? Esto que le voy a decir es *off the record* susurró agitada.
- Está bien, tranquila con eso que nunca revelo mis fuentes.
- La subdirección prácticamente no tiene fondos. Fue una estrategia de campaña electoral, pero todos los machos alfa del partido votaron en contra de asignarle un mayor presupuesto y de declarar la emergencia en materia de género. Podrá corroborarlo en el artículo 82, inciso 16, de la Ley de Presupuesto que se aprobó a fin del año pasado mientras todos miraban si el dólar se disparaba o no. Así funciona, distraen a la gente con lo que quieren que vea para que no sepan lo que en realidad importa. Amenazaron con relevarme de mi puesto por quejarme de la desigualdad presupuestaria. Las mujeres inte-

gramos partidos políticos desde hace mucho, pero las prácticas machistas hacia el interior de esos espacios no han cambiado demasiado, sólo nos usan como estrategia pero no nos dan acceso a la mesa chica de decisiones. Esto, se lo digo en total confianza, como militante feminista que sé que es, pero entienda que si lo revela puedo perder mi trabajo; y aunque no logremos mucho desde la subdirección, es el lugar en el que siento que puedo aportar algo, aunque sea mínimo. Y esta conversación jamás sucedió. Confío en usted, señorita Rivera.

- Puede llamarme Sofía, y no se preocupe, que no la expondré –le aseguró antes de despedirse cordialmente y cortar.

Buscó en el sitio web de Gobierno la Ley de Presupuesto Anual y allí estaba, tal como le había indicado la Valdéz, artículo 82, inciso 16: «se considerarán prioritarios para la distribución de presupuesto anual las áreas que integran el Plan Estratégico de Crecimiento Nacional. A saber: comercio interior y exterior; seguridad pública; salud; deportes; y cultura». Tristemente no se sorprendió de que no sólo faltara género, sino también educación y trabajo, entre otras áreas vitales para el crecimiento nacional que tanto pregonaban.

Así estamos, pensó mientras se recostaba un momento mirando el techo para descansar su espalda adolorida. El sonido seco de un golpe la sobresaltó. Miró en dirección al escritorio y notó que la pequeña botella con la llave se encontraba acostada y rodaba de un lado a otro. Sofía ya no creía en las casualidades, por lo que entendió esa botella como una señal. Se levantó lentamente de la cama y probó la llave en todas las cerraduras de la habitación: en la mesa de noche, los guardarropas, la caja

fuerte que su abuelo había empotrado detrás de un cuadro, pero nada ¿qué abriría aquella pequeña llave? Decidió revisar una vez más el escritorio, los cajones se resistieron nuevamente. A duras penas, y sintiendo el dolor de la gripe, se tiró al suelo para inspeccionar la mesa desde abajo. Y ahí estaba, justo en la parte inferior había una pequeña cerradura que, al ingresar la llave, reveló un *secreter* del cual cayeron unas flores secas y un manojo de sobres primorosamente atados con un lazo celeste.

Ansiosa por la curiosidad, se sentó en la cama y desató el moño que unía los sobres. Una foto suelta cayó de entre medio. Un hombre rubio, de unos treinta años sonreía apoyado en una pared. No había ninguna inscripción en la foto. Comenzó a revisar las cartas, en total había veintidós. Estaban escritas por un tal F. R., seguramente el hombre de la foto; y dirigidas a su abuela Victoria Bauman. Según las misivas, ellos habían vivido un intenso romance en 1960, año en que su abuela abandonó a Óscar y a Julia. *Probablemente se fue con él*, dedujo Sofía.

- ¿Por qué no estás acostada? la sobresaltó su madre.
- Encontré el cajón que se abría con esta llave respondió señalando la pequeña llavecita sobre la cama.

Al ver las cartas Julia supo que era algo sobre su madre. No tenía idea de quién era F. R., pero estaba segura de que era el hombre que su padre había mencionado varias veces durante sus borracheras, señalándolo, sin nombrarlo, como el culpable de su desgracia y de la destrucción de su familia.

- Pero en estas cartas F.R. menciona el plan de llevarte con ellos ¿por qué se fueron sin ti?
- No sé, pero es algo que ya no me interesa saber. Crecí y viví toda mi vida sin ella, ¿de qué me sirve saber algo ahora? Si no le importé entonces, no debe importarme a mí ahora.
- Mamá, nunca hablas de ella ni del abuelo Óscar. Sé que es doloroso para ti, pero creo que necesitas sanar tu propia historia. Has llevado ese dolor en silencio por mucho tiempo dijo Sofía al tiempo que acariciaba la espalda de su madre, sentada a su lado en la cama.
- No. Esa historia está cerrada para mí. No tengo nada que decir ni interés en saber- respondió bruscamente.
- A mí me gustaría saber más, es parte de mi historia también...
- ¡No! Si no vas a respetar mi decisión, quizás sea mejor que vuelvas a la ciudad gritó abandonando la habitación en ese mismo instante.

Sofía quedó sorprendida con la reacción de su madre, nunca la había visto tan fuera de sí. Despacio comenzó a guardar sus cosas pues no quería invadir a Julia, ya que estaba visiblemente afectada. Tomó las cartas y la foto del hombre rubio y se prometió averiguar dónde estaba Victoria, aunque no le diría a su madre; no quería hacerla sufrir más.

Bajando las escaleras oyó la voz de Julia, desde la sala:

- No te vayas, discúlpame por gritarte, no quería tratarte así. Es sólo que no quiero remover un pasado que ya quedó atrás. Sufrí durante muchos años sintiéndome culpable por el abandono de Victoria y el suicidio de mi padre. No quiero revivir todo eso.
- Entiendo mamá. No volveré a meterme en el tema- mintió.
- ¿Crees que haría alguna diferencia encontrarla ahora?
- No lo sé, quizás al menos podrías decirle todo en la cara. Valdría la pena intentarlo. No es justo que te sientas culpable por cosas que no eran tu responsabilidad, ni tampoco que cargues tanto dolor en silencio- susurró Sofía mientras abrazaba a su madre y la besaba en la frente.

Decidió quedarse con ella hasta reponerse de la gripe. Algo le decía que, en ese momento, era más necesaria allí que en el diario.

8

Después de cenar buscó su celular para avisarle a Alberto que estaba enferma y se ausentaría unos días de la oficina. No había mirado su teléfono en un par de horas y tenía más de veinte mensajes de su jefe.

- ¡Al fin contestas!- exclamó exaltado.

- ¿Qué pasó? Estoy en casa de mi madre y faltaré unos días a la oficina. Creo que tengo gripe o algo así.
- ¿Desde cuándo vas a que te cuide tu madre?- preguntó extrañado Alberto que la conocía bien.
- Larga historia ¿Por qué tantos mensajes? ¿Cuál es la urgencia?
- ¿No has visto las noticias? Aparecieron muertas las dos jóvenes turistas que buscaban en el sur desde hace un mes.
- ¿Virginia Francheti y Olivia Rawson?
- Sí. Al parecer fueron violadas múltiples veces, y luego las asesinaron asfixiándolas- detallo Alberto.

Sofía se estremeció por dentro. Conocía el caso de cerca porque llevaba tiempo militando en organizaciones feministas que exigían la aparición con vida de las jóvenes y que trabajaban con mujeres en situación de violencia. Sintió ganas de llorar.

- Quiero que tú sigas el caso y lo sumes a tu investigación. Aunque si estás enferma puedo asignárselo a Suárez.
- No, no. Yo lo haré. Déjame trabajar a distancia, pero no se lo des a nadie más suplicó con un nudo en la garganta. Le dolía saber de dos vidas más que habían sido arrebatadas- ¿Tienes algún dato más que pueda servirme?

- Sólo que las hallaron enterradas en la zona de bosques de Villa Encantada. Todos los peritajes estarán en los próximos días y tendremos más información confirmada. Quiero que apures tu informe. No quiero sólo los datos policiales, quiero tu análisis filoso de feminista.
- Mi análisis tiene perspectiva de género. También puedes incorporarlo aunque seas hombre; no sólo las mujeres somos feministas
- No sé por qué razón siempre te ofendes cuando te halago por ser aguda en tus análisis.
- Es que no se trata de ser aguda, de molestar o enojar a alguien. Se trata de crear conciencia. Pero dejemos esa discusión para otro día. No me pagas para deconstruirte, sino para escribir informes que hagan ruido- respondió irónica. Quería mucho a Alberto, pero la ofuscaba que no entendiera nada de feminismo, sino que solo lo utilizaba como estrategia de ventas.
- Como sea, lo quiero cuanto antes.
- Así será.

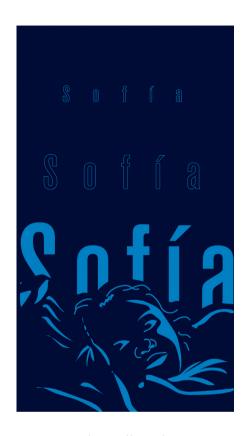
Aquella noche se durmió llorando; por su madre, por ella, por las jóvenes asesinadas en el sur de Targos, por los espíritus que la visitaban y por todas las mujeres que, quizás, en ese preciso momento estaban muriendo o sufriendo a manos de algún hombre violento. El dolor de otras se había convertido en el propio, le pesaba en el cuerpo y en el alma. Sus lágrimas

de impotencia bañaron la almohada hasta que el sueño finalmente la venció.

A mitad de la noche un sonido ya familiar la despertó. Encendió la luz de su mesita sabiendo que no estaba sola. Allí estaban, cada vez más, las mujeres muertas a manos de hombres violentos e inescrupulosos. Anabel, Marina, Virginia, Olivia, la mujer morena y otras siete jóvenes.

Sofía ya no sentía miedo, sino un inmenso dolor. Entonces, sin dejar de verlas a cada una de ellas con sus heridas, lloró amargamente. Frente a la mirada sufriente de los espíritus, dejó salir la tristeza del duelo. Ellas no desaparecieron como solían hacerlo; sólo se quedaron allí, viéndola llorar angustiada.

Sin que le dijeran nada, Sofía sabía qué esperaban de ella: justicia. No podía atrapar a los femicidas, pero podía luchar con su mejor arma: la escritura. Escribir era para ella un acto de redención, de resistencia, de resiliencia, de lucha, de rebeldía y, al mismo tiempo, de sanación. Desde sus letras, exigiría justicia para cada una de las mujeres muertas y protección para las que aún seguían con vida. Tiempo después descubriría que esa decisión sería la más arriesgada de su vida; pero en ese momento sólo quería hacer arder todo con sus palabras: el gobierno, el presupuesto, y la maldita sociedad adormecida que contaba muertas como estadísticas deportivas. Quería iniciar el fuego ¡Y vaya que lo haría!



Ver video / https://bit.ly/2CA5oH6



Capítulo III

8

I lunes por la mañana amaneció mejor del resfrío, pero decidió quedarse un poco más, pues le preocupaba su madre. La conversación de la noche anterior sobre Victoria y Óscar la había afectado mucho, aunque no quisiera reconocerlo.

Al bajar a la cocina la encontró desayunando en silencio. Ambas tenían los ojos hinchados de llorar, cada una por sus razones, pero ninguna mencionó nada al respecto.

- ¿Cómo te sientes? Iba a llevarte el desayuno a la cama- dijo Julia.
- Un poco mejor, pero de todas formas me quedaré aquí para descansar un poco más. Ya avisé en el trabajo.

- ¡Qué alegría hija! Me encanta tenerte aquí – afirmó sonriendo mientras le apretaba la mano.

Luego del desayuno, Sofía abrió su laptop y comenzó a leer documentos que le había enviado Gisel Bolton, presidenta del Observatorio de Género y amiga suya. Las estadísticas eran aberrantes: sólo ese mes habían muerto 34 mujeres, diez de ellas habían hecho denuncia previa, una tenía restricción de acercamiento, y uno de los femicidas pertenecía a fuerzas públicas de seguridad¹.

Tomó el teléfono y llamó nuevamente a Manuel.

- ¿Cómo logro que el Presidente Ansaldi me dé una entrevista?
- En primer lugar se te está haciendo una muy fea costumbre de no saludarme cuando me llamas. –reclamó su amigo en tono de broma- En segundo: ¿el camino largo o el corto?
- El corto, claramente.
- Tienes que hacerlo enojar y él mismo te llamará para que lo entrevistes. No hace falta que te diga cómo ofenderlo.
- No, en eso soy buena-respondió riendo-¡Gracias Manuel!
- Oye Sofía- la detuvo antes de cortar- ten cuidado.
- Sí, lo tendré. Gracias.

Tal como le había dicho a Manuel, sabía exactamente cómo enfurecer al Presidente, quien se preocupaba más por el porcentaje de aceptación pública que por resolver los problemas estructurales del país. Cualquier cosa o persona que ensuciara mínimamente su imagen, lo volvía loco.

Sentada frente a la página en blanco, el cursor titilaba esperando las letras que no tardaron en llegar. Las palabras atragantadas en el llanto de la noche anterior comenzaron a salir como vómito de sus entrañas. Sus dedos tecleaban frenéticamente: la decisión de excluir la Subdirección de Género del presupuesto, los pocos recursos institucionales con los que contaban las mujeres en situación de violencia, las terribles cifras de la injusticia en los procesos penales y, en medio, los niños y niñas que quedaban huérfanos. Al final de la editorial, una clara y directa pregunta: señor Presidente ¿las mujeres somos prescindibles en su idea de país? Sí es así, produzca sin nosotras. Invito a todas las mujeres de Targos a marchar hacia el Palacio Presidencial el próximo viernes en busca de respuestas.

8

- Creo que es una estrategia arriesgada, pero puede funcionarobservó Alberto luego de leer el artículo que sería publicado con la firma de Sofía.
- ¿Vas a publicarlo tal y como está?
- Sí, aunque te adelanto que esto traerá consecuencias.
- Cuento con eso.

Al día siguiente la nota salió en la página dos del República y en el espacio más destacado de la versión digital. Las repercusiones no tardaron en llegar: miles de comentarios, muchos a favor y otros tantos en contra, inundaron el sitio web y las redes sociales, demostrando apoyo a las familias de las víctimas de femicidios e indignación por la falta de respuesta del Estado.

A media mañana el celular de Sofía sonó y en la pantalla apareció Rebeca Valdéz.

- Imagino que ya sabe porqué la llamo- inquirió la Subdirectora de Género.
- Sí- respondió Sofía sin mostrar sorpresa.
- Creí que nuestra conversación había sido off the record.
- Y así fue. El presupuesto es un documento público oficial y el resto de las cifras son del Observatorio de Género. Yo prometí no mencionar nuestra conversación y cumplí. Yo creo que usted no es responsable de todo esto, pero necesito su ayuda para llegar a quien pueda darme respuestas. Necesito otro favor suyo.
- ¿Usted se da cuenta de que sus artículos me dejan como una inepta que no está a la altura de las circunstancias?
- No es mi intención ni tampoco es lo que pienso de usted. Pero alguien debe responsabilizarse por las terribles cifras que hay en materia de violencia de género. Si no quiere quedar

en la línea de fuego, le sugiero que me ayude a hablar con Ansaldi.

- ¿Me está chantajeando?- preguntó ofuscada Valdéz.
- No, quizás usted está acostumbrada a tratar con chantajistas, pero le aseguro que yo no hago eso. Yo soy periodista y mi trabajo es preguntar hasta que alguien responda. Las dos sabemos que el Presidente es un machista que la limita en su trabajo y en la ayuda que podría brindarle a otras mujeres ¿por qué no deja que él mismo se exponga? Consígame una entrevista. Se lo debemos a todas las mujeres que no pudimos salvar- Sofía hablaba en plural porque sentía que en todos sus años de militancia feminista no había hecho suficiente para salvar esas vidas.

Hubo unos instantes de silencio hasta que la subdirectora finalmente contestó: *está bien. La llamaré en cuanto tenga novedades.* Colgó sin despedirse.

Mientras, las redes sociales comenzaron a multiplicar la convocatoria a la marcha y sugirieron también parar en sus trabajos, invitando con el *hashtag* #lasmujeresparamos. Miles de usuarios, hombres y mujeres, de diversas edades y orientaciones sexuales, comenzaron a debatir el tema. La plataforma del diario colapsó y debieron trabajar contrareloj para ponerla en marcha nuevamente.

Por la noche, mientras Julia y Sofía cenaban comentando las repercusiones, el teléfono de la periodista sonó otra vez. *Te espera el jueves a las nueve de la mañana en su despacho. No*

lo hagas esperar, dijo Rebeca Valdéz antes de cortar la breve comunicación.

Ahora sí, el fuego ya estaba iniciado ¿Podría alguien detener el incendio? *No los dejaré hacerlo*, pensó Sofía al acostarse esa noche

Soñó que caminaba por el rancho de su madre, buscándola. Había otros caballos y todo lucía distinto, más pequeño y antiguo. A lo lejos alcanzó a ver a la mujer morena, quien caminaba hacia los establos. La siguió y, al entrar, la joven desconocida le tendió la mano. Estuvo a punto de tomarla pero un dolor insoportable de cabeza la despertó; era como si se hubiera golpeado la cabeza contra una pared. ¿Quién eres? preguntó en voz alta mientras se incorporaba en la cama. Sólo el silencio respondió. Aquella noche ningún espíritu la visitó.

1 Registro Nacional de Femicidios 2019. Observatorio AHORA QUE SÍ NOS VEN. Argentina. https://ahoraquesinosven.com.ar/

Capítulo iv

8

I jueves a primera hora Sofía y Joaquín Salerno, el fotógrafo del diario, esperaban sentados afuera del despacho presidencial. La elegante secretaria se acercó a ellos: el señor Presidente la recibirá en su oficina. Sólo a usted – indicó al ver que el hombre se ponía de pie.

- Necesito fotos de la entrevista- explicó Sofía señalando la cámara.
- Después. Mientras, su compañero puede beber un café aquídijo suavizando el tono.

Sofía la siguió a través de un largo pasillo que terminaba en una enorme puerta blanca de doble hoja. Al abrirla, Ramiro Ansaldi salió de detrás de su escritorio para recibirla.

- Bienvenida señorita Rivera- la saludó tendiéndole la mano e indicándole ocupar un sillón verde en el centro del salón. Él se ubicó en un asiento igual, justo frente a ella. En medio de los dos, una fina mesa de café donde había dos tazas y una cafetera de porcelana.
- Gracias por recibirme señor Presidente, es muy amable de su parte.
- Por favor, es mi deber aclarar todas sus dudas para que la población, que es muy seguidora de sus artículos, esté bien informada.
- ¿Aclararme?, pensó Sofía para sus adentros, pero guardó silencio. La subestimación de Ansaldi no la sorprendía.
- ¿Quisiera tomar un café?- preguntó él señalando las tazas.
- No, gracias. Me gustaría comenzar cuanto antes la entrevista, para no quitarle mucho tiempo.
- ¡Un café no la hace menos profesional! Como feminista debe saber que puede hacer ambas cosas al mismo tiempo- dijo con ironía. Sofía se limitó a mirarlo en silencio, sin ningún tipo de expresión disculpe, no fue mi intención ofenderla aclaró mientras sonreía levemente.
- No lo hizo, descuide. Yo conozco muy bien las capacidades de las mujeres. No me afectan las opiniones ajenas- respondió con mirada desafiante- si le parece, comenzamos.

Colocó el teléfono en el medio de los dos y le indicó que grabaría la conversación.

- Perfecto, comencemos.
- Señor Presidente, ¿está al tanto de las cifras de femicidios en los últimos dos años?
- Sí, lamentable. Muere una mujer cada 32 horas, una tragedia total. Estamos trabajando fuertemente para bajar esos índices.
- En realidad, muere una mujer cada 26 horas. La cifra cambió con la muerte de las dos mujeres en el sur.
- Oh... carraspeó visiblemente molesto por ser corregido.
- Con cifras tan alarmantes, ¿por qué decidió sacar la Subdirección de Género de la prioridad presupuestaria?
- No está fuera de las prioridades, pero comprenderá que la crisis nos obliga a ajustar por todos lados. Además, no olvide que mi gobierno creó ésa subdirección para abordar esta problemática tan grave.
- ¿Cree usted que el Ministerio de Deportes es más prioritario que dotar a la subdirección de Género de herramientas para evitar más femicidios? En términos presupuestarios, claro.
- El deporte salva muchas vidas. Sacamos a los jóvenes de las calles y les damos esperanzas a través de actividades deportivas. Los alejamos de las drogas y el delito. Eso es muy importante para nosotros.
- Eso es muy bueno señor Presidente, pero ¿con qué criterio define qué vida vale más?
- Ninguna vida vale más que otra, señorita Rivera, nuestra prioridad es salvarlos a todos.

- No dudo de sus buenas intenciones- mintió Sofía- pero eso no se traduce en el presupuesto. Llevamos 60 días del año y ya hay 46 mujeres muertas. Muchas de ellas habían denunciado a sus femicidas, pero la policía no cuenta con los recursos para obligarlos a cumplir la restricción de acercamiento, la justicia demora las causas hasta que prescriben y, prácticamente, no hay condenados por femicidio.
- Usted sabe que el Poder Judicial es independiente del Poder Ejecutivo, no está bajo mi órbita. No puede culparme por lo que ellos no hacen.
- Es verdad, pero sí puedo pedirle respuesta por lo que ustedes no han hecho. Su partido, mayoritario en el Congreso, votó en contra del proyecto de ley que imponía celeridad a las causas judiciales por femicidio y violencia de género.
- Ése proyecto tenía serias falencias que nosotros...
- Que ustedes prometieron revisar, corregir y volver a tratar en el Congreso en un lapso de 90 días que ya vencieron hace 45 días.
- Como le dije, hay cuestiones más urgentes. Hay muchos proyectos de ley a espera de ser tratados- respondió secamente.
- Entonces, ¿salvar la vida de las mujeres no está entre sus prioridades?
- Señorita Rivera, permítame recordarle que, como Presidente, debo velar por todos los ciudadanos, no sólo por las mujeres.
- Señor Presidente- continuó Sofía, imitando el tono paternal que Ansaldi estaba usando con ella- las mujeres representamos el 52% del electorado en Targos. Si nos siguen matando, no tendrá mucha ciudadanía por la cual velar.

- Bueno, veo que no vino con intenciones de diálogo- dijo tomando el celular para detener la grabación- la entrevista terminó y no habrá fotos- cerró devolviéndole el teléfono- mi secretaria le mostrará la salida.
- Le agradezco su tiempo señor Presidente. Y no se preocupe, conozco la salida.

Se saludaron fríamente con un apretón de manos y Sofía abandonó el despacho con una enorme sensación de frustración. Ya en la redacción, le relató la situación a Alberto, quien solo atinó a mover la cabeza con preocupación. Sin embargo, al día siguiente, la historia principal del República era la entrevista con Ansaldi, con la posibilidad de escuchar el audio completo en la versión digital.

El repudio al Presidente, que ya venía haciéndose oír por su paquete de medidas neoliberales de ajuste, no se hizo esperar. Irónicamente, lo que más le preocupaba a Ansaldi era su reputación; pero subestimar el impacto de los femicidios a nivel social, era un error que las mujeres de Targos ya no estaban dispuesta a perdonar.

Para sorpresa de Sofía, cientos de organizaciones feministas y de derechos humanos de todo el país se plegaron a su llamado a marchar por las calles, exigiendo justicia y garantías para la vida de las mujeres. Los comentarios hicieron explotar el diario digital, las redes sociales e, incluso, fueron replicados en otros medios.

Desde hacía años, miles de mujeres de Targos paraban el día 8 de marzo como señal de descontento por la injusticia en el mundo laboral; pero jamás se había convocado a un paro feminista a mitad de año. *No será prioridad para Ansaldi, pero para nosotras sí*, manifestaban las lectoras enfurecidas.

Para el viernes, no sólo hubo paro laboral de mujeres, sino que también coparon las calles de todo Targos para exigir la reactivación del proyecto de ley demorado y más presupuesto para la Subdirección de Género.

A esa altura, Sofía llevaba dos días sin dormir porque se desvelaba respondiendo mails y comentarios, más a favor que en contra. Mientras, el Presidente se había llamado al silencio. También habían pasado tres días desde la última aparición de los espíritus. *Quizás esto es lo que necesitaban de mí*, pensó queriendo convencerse.

8

El viernes la movilización de mujeres había sido masiva; niñas, jóvenes y ancianas coparon las calles en todas las ciudades de Targos para exigir mayor contención y protección por parte del Estado. Al finalizar el recorrido, en las puertas del Palacio Presidencial, se firmó un documento que se presentaría al Congreso pidiendo el desarchivo y urgente tratamiento del proyecto de ley contra la violencia de género.

Sofía caminó entre la multitud de mujeres sintiendo la poderosa energía que la rodeaba. En los carteles con pedido de justicia reconoció los rostros de los espíritus que la visitaban por las noches, excepto el de la misteriosa joven morena de vestido celeste. También le pareció verlas allí, mezcladas en la marea femenina. Con esa multitud alrededor se sentía invencible, acompañada, contenida. No había distinciones de edad ni clase social. Todas pedían lo mismo: ¡Paren de matarnos!¹

El sábado pasó el día leyendo las notas sobre la convocatoria del día anterior; algunos medios mentían sobre las cifras, minimizando el impacto del movimiento. *No importa, ya somos imparables,* pensó mientras bebía una cerveza y miraba la luna desde su ventana.

Alguien tocó a su puerta. Al abrir, antes de ver quién era, un pañuelo le tapó la boca y la nariz. Segundos después se desvaneció mientras un hombretón la cargaba en el baúl de un automóvil que encendió el motor rápidamente y se perdió en la oscuridad de la noche.

1 Miss Bolivia. 2017. Canción Paren de matarnos. Álbum Pantera. Argentina. https://youtu.be/wwagtNj_euA

Capítulo v

8

steban Linares era estudiante de Ingeniería en Sistemas en la Universidad Nacional de Targos y trabajaba en una pizzería céntrica. Aunque tenía las mejores notas de su clase, su timidez le dificultaba hacer amigos, por lo que pasaba sus fines de semana encerrado jugando videojuegos luego del trabajo.

Aquél sábado por la noche caminaba a casa ensimismado. En una mano su celular, en la otra una caja con pizza para cenar. De pronto, al doblar una oscura esquina, una escena llamó su atención: un hombre de considerable tamaño, usando pasamontañas, cargaba una persona inconsciente, o quizás muerta, en el baúl de un auto. Sin dudarlo, filmó todo con su teléfono, antes de que el auto desapareciera de su vista, y dio aviso a la policía. Debería haber gritado o tratado de impedir que se llevaran a esa persona, pensó minutos después mientras esperaba el móvil policial; soy un maldito cobarde, se reprochó. Sin embargo, al filmarlo, había logrado mucho más que con un simple grito. Luego de ver el video en detalle, los agentes que acudieron al llamado decidieron llamar a la Policía Científica para peritar

el edificio del cual había salido el secuestrador. No fue difícil dar con la víctima: la puerta de Sofía estaba entreabierta y la botella de cerveza derramada en la entrada, evidenciado una salida forzada. La alerta de búsqueda se dio de inmediato, pero sólo lograron encontrar el auto abandonado, unas horas después, a las afueras de la ciudad.

A las cuatro de la mañana el teléfono sobresaltó a Julia. Su *hija ha sido secuestrada*, dijo una voz masculina al otro lado de la línea. No pudo oír más, pues el celular resbaló de sus manos, mientras ella quedaba lentamente suspendida en el tiempo.

A las cinco de la madrugada, mientras el sol comenzaba a asomar, la madre de Sofía viajaba en un auto policial rumbo a la oficina de investigaciones de la ciudad. Otra vez la inundaba esa sensación de pánico y angustia que le quitaba el aire. Otra vez perdía un ser querido. *Mi hija está viva*, se repetía mentalmente como un mantra.

Le mostraron una y otra vez el video, pero sólo logró reconocer la sudadera gris de su hija. No supo identificar ni las personas ni el auto que se la habían llevado. La imagen de Sofía siendo cargada en el baúl de un auto le oprimía el pecho. ¿Qué harías si algún día yo desapareciera?, le había preguntado su hija una semana atrás. Quiso llorar por la desesperación, pero se reprimió para enviarle energías en donde quiera que estuviese: resiste hija, resiste, suplicó en silencio.

A las nueve de la mañana, Alberto y todos los periodistas del República estaban al tanto del secuestro de su compañera. Conmocionados, publicaron toda la información que la policía les había brindado, con la esperanza de obtener pistas que ayudaran a encontrar a Sofía con vida.

A las doce del medio día, miles de mujeres se congregaron, con velas, en las puertas del Congreso, en una vigilia por su compañera de lucha. *Sofía, te esperamos VIVA*, rezaban los carteles.

A las dos de la tarde, Isabella arribó al aeropuerto y acudió desesperada a la estación de policía donde estaba Julia. Se encontraba de viaje al momento de recibir la noticia y había regresado en el primer vuelo disponible.

- ¿Quién podría querer lastimar a su amiga? ¿Quizás un ex novio?- la indagó el Teniente Díaz, responsable de llevar la investigación adelante.
- -No creo, Sofía no ha salido con nadie últimamente, sino yo lo sabría. Además, ¿no se trata de un secuestro? Quizás quieren algo a cambio- sugirió mientras trataba de disimular las lágrimas.
- Han pasado más de doce horas y nadie se ha comunicado para pedir rescate. Creemos que puede ser personal- explicó Díaz.
- Entonces quizás pueda relacionarse con su trabajo- pensó en voz alta Isa.
- ¿A qué se refiere?
- Sofía entrevistó al Presidente Ansaldi hace unos días y él no quedó muy feliz. Además, sus editoriales son muy críticas hacia las políticas de género del Gobierno Nacional.
- Le sugiero, en total confianza, que esté muy segura antes de levantar una acusación así aconsejó Díaz bajando la voz para que no lo oyeran sus colegas.

- No es una acusación, es sólo una idea. Trato de pensar quién le haría daño a Sofi, y no se me ocurre más que eso- dijo, ahora sí, llorando desconsolada.

Maldita obsesión que tienes con el gobierno Sofía ¡Dios mío que no le hagan daño!, pensó Isabella, convencida de que esto era un acto de venganza política.

8

- Hay algo que quiero que investigues y sólo me lo reportes a míordenó Díaz mientras llevaba aparte a Diana Toledo, su oficial de mayor confianza.
- Dime.
- Quiero que rastrees, sin orden oficial, todas las llamadas del Gabinete del Presidente Ansaldi.
- ¿Qué? ¡Te volviste loco! ¡Pueden sumariarme por eso!- respondió sorprendida Toledo, pero manteniendo el tono discreto en el que estaban hablando. En el fondo, confiaba plenamente en las intuiciones de su jefe.
- Yo asumiré la responsabilidad. Es sólo una corazonada, pero si encuentras algo, pediremos la orden judicial.
- De acuerdo- respondió en voz baja, luego de pensarlo unos minutos- Te aviso en cuanto sepa algo.

A las doce de la noche se cumplían veinticuatro horas desde el momento del secuestro y, afuera del Congreso, las velas seguían encendidas.

Capítulo vi

8

ofía abrió los ojos lentamente. Le dolía el cuerpo, la cabeza y estaba mareada. Intentó moverse pero estaba atada con las manos en la espalda, recostada de lado, en suelo mojado. También tenía una cinta adhesiva cubriéndole la boca. Parpadeó para aclarar su vista en la penumbra; la habitación estaba casi vacía, excepto por una vieja silla de madera. Había una pequeña ventana en la parte superior de la pared, pero estaba tapada con papel. *Debe ser un sótano*, pensó. Se encontraba sola allí, pero podía oír voces a lo lejos, del otro lado de la puerta. Le pareció que se trataba de dos hombres discutiendo.

Recordó el timbre de su departamento sonando y el amargo olor en su nariz. El rostro era una mancha oscura en su memoria. Trató de recordar algún detalle de su captor, pero su mente no tenía registro alguno. Observó el lugar con la esperanza de hallar algo que la ayudara a desatarse, pero no tuvo suerte. No sabía cuánto tiempo llevaba allí.

Escuchó pasos que se acercaban, como si bajaran una escalera. Luego, una voz gruesa al otro lado de la puerta. Se oía nervioso y tenía un acento extranjero, como si el español no fuera su idioma natural. Trató de enderezarse, pero la soga ataba sus manos a sus pies, por lo que, al tironear, sólo lograba ajustarla más. Se desesperó, *Dios, ¡no me dejes morir aquí!*, suplicó mentalmente.

Recordó a los espíritus que la habían visitado durante las noches anteriores. ¡Querían advertirme! Ahora seré una de ellas... Una lágrima rodó por su mejilla pensando en la angustia de su madre al saber que había desaparecido, si es que alguien lo había notado ya. Mamá se levantó en situaciones terribles, algo de su fortaleza debo haber heredado. No voy a morir aquí, ¡no voy a morir aquí!, se dijo como una orden.

Volvió a forzar sus ataduras pero sólo se infligió más dolor en las muñecas y tobillos. La puerta se abrió de un golpe dejando entrar la luz blanca de un foco fluorescente que la cegó. Haciendo un esfuerzo, logró enfocar la vista en el hombre gigante que entraba riendo a carcajadas. Lo miró aterrada. Era muy alto y gordo, tenía cabello castaño claro y ojos marrones. Vestía ropa deportiva muy gastada.

- ¡Al fin despertó la bella durmiente!- gritó el extranjero mientras la pateaba en el estómago. Sofía gimió del dolor.- ¿Te gusta molestar con estupideces? ¿Crees realmente que las mujeres son iguales a nosotros? ¡No seas estúpida! Tu muerte será una lección para todas las que piensan así- prosiguió mientras volvía a patearla. El dolor le nubló la vista.- Es una pena que una mujer tan linda no se limite a ir de compras y ponerse bonita- siguió hablando, pero esta vez recorriéndole el cuerpo con la mano.

Sofía sintió nauseas por el asco de que la tocara. Trató de alejarse, pero él la atrajo hacia sí, agarrándola con fuerza por el trasero.

- ¿A dónde vas maldita puta? ¿Acaso no es esto lo que quieren? ¿Liberarse y coger más?- gritó enfurecido. El aliento a alcohol que emanaba de su boca la mareaba.

Un celular sonó en la camisa del secuestrador. La soltó unos instantes para contestar. ¡Por favor, no quiero morir aquí!, seguía repitiéndose mentalmente Sofía. El hombre escuchó en silencio y, antes de colgar, solo dijo está hecho. Una sonrisa libidinosa se dibujó en su rostro y a ella la recorrió un escalofrío por todo el cuerpo.

- Muy bien putita, ya puedo matarte. Pero no te preocupes, que antes nos vamos a divertir un rato- soltó una carcajada que la estremeció.

En ese momento entró otro hombre a la habitación. Era moreno y visiblemente más bajo y joven que el extranjero. Tenía ojos negros y una nariz torcida, como si se la hubieran roto de un golpe. También vestía ropa deportiva, pero se veía más limpio que su compañero. Además, tenía acento nativo de Targos.

- ¿Qué haces? ¡Te dije que bajaras a ver si estaba despierta! Ya llevas quince minutos aquí y quiero ir al baño.
- El jefe ya dio la orden de matarla, entonces podrás mear todo lo que quieras.
- Bien, hagámoslo- dijo el moreno con total frialdad.
- No. Antes nos la vamos a coger. Es una maldita puta y es lo que se hace con ellas- respondió el extranjero y los dos rieron disfrutando el momento.

Sofía intentó resistirse mientras la arrastraban por el piso mojado, pero fue inútil. El targuense cortó la soga que tiraba por su espalda y el de los pies, dejando únicamente sus manos atadas. Comenzaron a desgarrarle la ropa y le abrieron las piernas a la fuerza, mientras ella lloraba desesperada. Se retorció sin lograr safarse de las manos que la tocaban por todas partes. Cerró los ojos y se dio por vencida mientras los escuchaba insultarla. Comenzó a irse mentalmente; no quería estar allí. Quería morir antes de seguir sintiendo el manoseo de esos tipos.

De pronto, un grito resonó desde las entrañas de la tierra. Sofía pensó que era parte de un sueño, o quizás ya estaba muriendo. Los dos hombres la soltaron de inmediato. Se oyó otro aullido feroz, poderoso, iracundo. Abrió los ojos asustada y allí estaba ella: la mujer morena que la visitaba por las noches, de pie ante los secuestradores. Estaba furiosa, se podía ver en su mirada, que siempre había sido contemplativa en las apariciones anteriores. Claramente los dos hombres también la veían, porque estaban acurrucados en un rincón con cara de terror. El espíritu rugió una vez más y los dos salieron corriendo escaleras arriba.

Sofía respiró profundo mientras comenzaban a materializarse frente a sus ojos todas las mujeres asesinadas que ya le resultaban familiares. No sintió miedo, por el contrario, supo que estaba a salvo.

Ésta vez no se quedaron quietas mirándola pasivamente. Comenzaron a acariciarle el pelo y las heridas con suavidad. Pronto sintió las manos libres y logró quitarse la cinta de la boca.

- ¡Gracias!- gritó en un suspiro mezclado con llanto.

Se quedó unos instantes así, sintiendo el cariño en las caricias de esas mujeres que no habían tenido la suerte de ser salvadas. Comenzaron a desaparecer de a una; la joven morena fue la última en irse. Los espíritus le habían salvado la vida ¿cómo podría pagarles algo tan grande?

Se puso en pie despacio, pues le dolía todo el cuerpo y algunas partes le sangraban. Caminó lentamente hacia la salida de la casa que, a esas alturas, ya estaba abandonada.

Capítulo VII

8

I doctor Reale ya tenía 78 años, pero se negaba a dejar la medicina. Y la verdad, si abandonaba su puesto de Director del pequeño hospital de Santa Caterina, el pueblo se quedaría prácticamente sin médicos.

Santa Caterina era una pequeña villa ubicada a seiscientos kilómetros de la Capital de Targos, y no era precisamente una fuente de progreso. Los habitantes, en su mayoría ancianos, se negaban a cualquier avance o cambio que pudieran sugerirles. Por eso no había internet en el pueblo ni buena señal de celular; seguían mirando televisión, leyendo el diario de papel y comentándolo en los mismos viejos cafés de siempre.

Frente a este panorama, los jóvenes emigraban en busca de oportunidades y ya no regresaban. Si seguimos así, este pueblo desaparecerá en menos de 10 años, solía pensar Reale, quien llevaba tiempo buscando médicos para que lo reemplazaran y poder retirarse, pero nadie quería vivir en un pueblo tan alejado de la modernidad.

Aquella noche un golpeteo en su puerta los despertó a él y a su esposa. Abrió adormilado y encontró en su entrada a los Farías, un matrimonio vecino y de su misma edad. Ambos estaban muy nerviosos.

- Perdona que te molestemos a esta hora Fernando, pero necesitamos tu ayuda urgente- dijo atolondradamente Carola Farías

Lo guiaron hasta el auto que habían estacionado en su entrada. Al abrir la puerta trasera del vehículo, la imagen de una joven con la ropa desgarrada, cubierta de sangre y tierra, horrorizó al viejo doctor.

- ¿Quién es? ¿Qué le pasó?
- No sabemos. La encontramos caminando a la vera de la ruta, y cuando nos detuvimos a ayudarla se desvaneció, pero creo que sigue viva-relató Gabriel Farías.

Fernando tomó el pulso en la muñeca izquierda de la chica y apenas pudo sentirlo.

- Está viva, pero no por mucho sino la atendemos rápido. Debemos llevarla al hospital. Se subió al auto en pijama y pantuflas, colocando la cabeza de joven en su regazo.

Llegaron al hospital y golpearon la puerta de ingreso que a esa hora estaba cerrada, pues no solían tener emergencias. Tampoco contaban con mucho personal en caso de tenerlas. Nancy, la enfermera de la noche, les abrió con cara de dormida.

- ¡Trae una camilla y llama a Antonio!- gritó el doctor.

Antonio era el otro médico del hospital. Anciano como Reale, seguía trabajando por las noches porque desde la muerte de su esposa, Alejandra, detestaba dormir en su casa.

Entre los cinco subieron a la joven inconsciente a la camilla y la trasladaron a la precaria sala de cuidados intensivos. Allí revisaron sus signos vitales, le limpiaron las heridas y comenzaron a hidratarla a través de una sonda.

- Creo haberla visto en algún lado- mencionó Antonio al verle el rostro más limpio. Aunque los moretones impedían reconocerla con claridad.
- Bueno, lo sabremos cuando reaccione. Esta joven ha sufrido mucho. Por las marcas en su cuerpo, puedo constatar abuso sexual, aunque no está en condiciones de que evaluemos si también la violaron.- observó Reale llama a la policía- le indicó a Nancy.

8

Sofía abrió los ojos con dificultad, y la luz que entraba por una ventana la cegó. Sintió algo en sus brazos y se desesperó por arrancarlo ¡Me atraparon otra vez!, pensó aterrada sin reconocer el lugar por completo. Una mano le impidió quitarse la sonda y la voz de una mujer la tranquilizó mientras le acariciaba el cabello.

- Calma querida, ya estás a salvo. Estás en el hospital de Santa Caterina y aquí cuidaremos muy bien de ti. Soy Nancy, por cierto- dijo la mujer al tiempo que le sonreía dulcemente.
- A...agua...-balbuceó Sofía.
- ¡Claro! Te estamos hidratando por aquí- señaló la sondapero debes tener la garganta muy seca. Le acercó un vaso de

agua y la ayudó a sorber un poco.- Iré a buscar al doctor Reale, ¡Se pondrá muy contento de saber que despertaste!

Sofía se quedó a solas tratando de recordar cómo había llegado allí. Algunas imágenes venían a su memoria. La horrible escena de abuso por parte de sus secuestradores, luego los espíritus que habían aparecido para salvarla ¿Lo habré soñado?, seguramente no estaría viva si ellas no hubieran aparecido, pensó. Recordó que, al salir de la casa, se encontró en el medio de la nada. Sólo veía paisaje desértico y el amanecer. Tenía frío, le ardían las heridas y le dolían partes del cuerpo que no recordaba que tenía. Caminó durante horas sin saber el rumbo. Al anochecer, cuando estaba a punto de rendirse, oyó vehículos a lo lejos. Siguió el ruido hasta llegar a una ruta. Esperó unos minutos con la esperanza de que alguien pasara pronto, y así fue. Al ver las luces comenzó a agitar los brazos con dificultad; el automóvil se detuvo y un matrimonio mavor descendió al verla. Entonces se desmayó y todo estaba en blanco desde ese instante.

- ¡Bienvenida de vuelta Sofía! ¡Qué alegría verte despierta!exclamó el hombre- Soy el doctor Reale, y estoy a cargo de tu tratamiento ¿Cómo te sientes?
- Mareada... y con mucho dolor
- Es comprensible, has pasado por mucho, pero aquí te ayudaremos a ponerte bien.
- ¿Cómo sabe quién soy?- susurró, pues no tenía fuerzas para hablar más alto y la garganta le raspaba como si tuviera agujas.
- Por tus lesiones. Debimos llamar a la policía, y ellos tenían una alerta de búsqueda por ti desde el domingo por la mañana.
- ¿Qué día es?

- Martes. Tu madre viene en camino junto a otros policías de la Capital. Seguramente querrán tu testimonio para hallar a los secuestradores; pero por ahora sólo descansa que nosotros te cuidaremos muy bien- dijo con una sonrisa de abuelo amoroso.

La joven volvió a dormirse hasta que escuchó la voz de su madre, entrando en la habitación con un ataque de llanto.

- ¡Ay hija! ¡Tuve tanto miedo de perderte!- dijo mientras la acariciaba suavemente.

Sofía la abrazó con dificultad, pero lo más fuerte que pudo. Tener a Julia allí era como estar en casa. Comenzó a llorar, aliviada de estar a salvo. Permanecieron abrazadas en silencio, hasta que el doctor Reale ingresó a la habitación y se detuvo en seco al ver a Julia. Madre e hija lo miraron preocupadas.

- ¿Está todo bien con mi hija doctor? Por favor, no me asustesuplicó Julia.
- Sí... sí, ella está bien. Estará aquí un par de días más en observación, hasta que tenga energías para volver a casa- respondió el médico sin dejar de mirar fijo a Julia.- Disculpe, es que usted me recuerda mucho a alguien- dijo bajando la mirada.

En ese instante, las cartas de amor a la abuela Victoria se cruzaron como un rayo por la mente de Sofía.

- FR...FR... Fernando Reale- dijo sorprendida.
- Sí, ese es mi nombre.

Reale y Julia la miraron extrañados.

- ¿Usted conoce a Victoria Bauman?

- ¿Qué? ¿Cómo sabes de ella?- respondió mientras Julia caía en la cuenta de lo que sucedía.
- Es mi abuela, madre de Julia- la señaló- ¿Sabe dónde está ella? ¿Viven juntos?

Todas las preguntas fluían con más rapidez de la que su garganta le permitía, pero no le importaba, necesitaba saber.

- ¿Eres la hija de Victoria?, eres igual a ella respondió Reale viendo a Julia.
- Yo no soy hija de esa mujer que nos abandonó por usted. Si vive con ella o sabe dónde está, por favor, no se moleste en decirle que estamos aquí. No quiero saber de ella.- contestó Julia con frialdad mientras se acercaba a su hija como una leona protectora.
- ¿Qué? ¿De qué hablas? Yo no he visto a tu madre en más de cuarenta años. Las esperé a ella y a ti durante toda una noche en la estación de tren de Buenaventura, pero nunca llegaron. Eligió quedarse con tu padre y no tuve el valor de quedarme allí para seguir amándola en secreto. Tomé el tren al amanecer y jamás volví a saber de ella- relató visiblemente conmovido.
- No puede ser... mi padre dijo que ella había huido con otro hombre...

En ese instante, Sofía sintió que comenzaba a asfixiarse. Los ojos se le pusieron en blanco y el corazón comenzó a latir aceleradamente.

- ¡Enfermeros!- gritó Reale- Entró en paro, por favor espera afuera- le indicó a Julia.

La mujer salió acompañada por Nancy, mientras suplicaba llorando ¡por favor, salva a mi hija!

8

Sofía estaba en uno de los establos del rancho de su madre, pero todo lucía diferente; más pequeño. Vio a un hombre de rodillas, martillando una herradura. Parecía furioso. Supuso que era su abuelo. De pronto, una voz de mujer se oyó a sus espaldas.

- Óscar, por favor, escúchame. Es lo mejor para Julia. Podrás verla cuando quieras, pero no puedo dejarla aquí, ella necesita estar conmigo ¡soy su madre!- dijo en tono suplicante al pasar junto a Sofía.

La joven periodista la reconoció de inmediato: ¡la mujer morena que me salvó la vida! No estaba ensangrentada, pero llevaba el sencillo vestido celeste con el cual la había visto siempre ¡Ay no!, pensó angustiada.

- ¡Eres una puta! ¡No dejaré que una puta críe a mi hija!- respondió él a los gritos, al tiempo que se ponía de pie tambaleando. Olía a alcohol.
- ¡Abuelo no hagas esto!- gritó Sofía, pero pronto descubrió que no la oían. Sólo era una testigo silenciosa de la terrible escena que estaba a punto de suceder.
- Óscar, estás borracho otra vez, no podemos hablar así- dijo Victoria retrocediendo para alejarse de él.

Giró sobre sus pasos para volver a la casa. Estaba decidida: tomaría a Julia y se irían con Fernando, quien ya las esperaba en la estación de trenes. Las manos húmedas de su esposo la detuvieron bruscamente al tomarla desde atrás por el cuello.

Comenzó a asfixiarse y Sofía pudo sentirlo en su cuerpo también. Cayó al suelo llorando por no poder evitarlo. Victoria estiró sus brazos hacia atrás y rasguñó los ojos de óscar. Él la soltó y ella trató de correr, pero nuevamente las manos fuertes lo impidieron. La tomó del brazo y cuando la mujer giró el rostro para mirarlo, le asestó un golpe mortal en la cabeza con el martillo. Los ojos de su esposa lo miraron fijo unos segundos, antes de caer sin vida sobre unos fardos de paja.

- ¡No! ¡No!- repetía el femicida agarrándose la cabeza- ¡Mira lo que me hiciste hacer Victoria! ¿Por qué?- preguntaba mientras tomaba el cuerpo entre sus brazos y lloraba.

Estuvo así un rato, hasta que se secó las lagrimas, le besó la frente y la recostó cuidadosamente en el piso. Salió del establo y regresó unos minutos después con una pala. Cavó un hueco en una de las caballerizas, colocó allí el cuerpo inerte de la bella mujer morena, lo cubrió con tierra, arrastró unos fardos de pasto encima, lavó el martillo ensangrentado y abandonó el lugar sin mirar atrás.

Sofía, de rodillas, había presenciado aquella noche trágica de su propia historia. Allí, a su lado, estaba Victoria, mirándola en silencio. La joven abrazó fuerte a su abuela y ambas lloraron largamente, por haberse conocido desde la muerte, pero sabiendo que se habían salvado mutuamente.

8

- ¡Tenemos signos vitales!- gritó Fernando Reale- Sofía ¿me escuchas?- dijo mientras le revisaba las pupilas con una pequeña linterna. Ella asintió sin hablar. Le dolía en el cuerpo y en el alma la muerte de su abuela.

CAPÍTULO VIII

8

urante dos días Sofía se mantuvo en silencio. Le costaba asimilar lo vivido y aún no sabía cómo contarle a su madre que Óscar había asesinado a Victoria. Ni Julia ni Fernando la forzaron a hablar. Ellos también estaban procesando sus propios recuerdos

El jueves por la mañana llegaron al pequeño hospital de Santa Caterina el Teniente Díaz y la oficial Toledo. Pidieron hablar a solas con Sofía, cerraron la puerta de la habitación y, antes de emitir alguna palabra, revisaron todo en busca de micrófonos. La joven los miró intrigada.

- No hay nada, está limpio de micrófonos y cámaras- aseguró la oficial
- Bien Sofía, Soy el Teniente Díaz y ella es mi colega, la oficial Diana Toledo. Estamos aquí porque necesitamos hablar contigo sobre lo que te sucedió. ¿Estos dos hombres son quienes te secuestraron?

En las fotos estaban sus dos captores, se veían desaliñados y asustados. Asintió en silencio, pues no quería revivir ese horror.

- Los detuvimos hace tres días. Están en shock, probablemente por la cantidad de cocaína y alcohol que encontramos en su sistema, pero lo importante es que dicen que además de ti había otra mujer y estaba herida. ¿Había alguien más ahí?
- Sí y no. Quizás les cueste creerlo, pero lo que ellos vieron es el espíritu de mi abuela, quien fue asesinada por su esposo hace 45 años. Nadie lo sabía hasta hace un par de días, pero yo sé dónde está enterrado su cuerpo.

Díaz y Toledo se miraron extrañados por la naturalidad con la que relataba algo «sobrenatural».

- -...Está bien... el otro dato que tenemos, y para el cual le pediremos estricta confidencialidad hasta que tengamos una orden de captura, es que logramos recuperar los teléfonos de los secuestradores, rastreamos las últimas llamadas y nos llevaron a un celular descartable que hayamos en un basural de la Capital. Lo curioso es que sólo hallamos una huella digital, perteneciente a Marcos Moldatti.
- ¿El Jefe de Gabinete de Ansaldi?- preguntó sorprendida.
- El mismo.
- ¿Por qué?
- Creemos que por orden del Presidente, pero eso no podemos probarlo, por eso es secreto de sumario.

Hubo unos segundos de silencio en la habitación; los tres sabían lo que eso significaba.

- ¿Qué vamos a hacer?- preguntó Sofia indignada.

Toledo tomó la palabra, con su confirmación de que estos hombres son los secuestradores, el teléfono con la huella y la orden de una fiscal con perspectiva de género que no tiene miedo de patearle las bolas al Presidente, podemos allanar las casas y oficinas de Moldatti e imputarlo. Lo que no podemos hacer es garantizar que encontraremos algo que vincule a Ansaldi.

- ¡Pero un Jefe de Gabinete no puede hacer algo así a espaldas de su Presidente!- exclamó la periodista furiosa.
- Pero sin pruebas será una mera suposición que nos puede costar nuestras carreras. Estamos jugándonos todo por ti. Haremos todo lo que esté a nuestro alcance para hacer justicia y protegerte, pero no podemos prometer que detendremos al Presidente.
- Les agradezco a ambos por la información y por arriesgarse por mí, sé que no es algo común en la fuerza policial, sin ofender. Cuenten conmigo para lo que sea necesario y no se preocupen por mi seguridad, tengo mucha protección- afirmó pensando en sus espíritus salvadores. No tenía miedo, porque sabía que ya no estaba sola.- Les pido un favor- agregó- cuando tengan la orden de detención y allanamiento, quiero la primicia para el República. Quiero ser yo quien escriba la noticia de ese maldito. Quiero hacerles saber que no ganaron.
- De acuerdo, pero trate de no exponerse más, esto es muy delicado.
- Ya es tarde para eso. La noticia de mi aparición con vida está en los medios de todo el país. Debemos usarlo a nuestro favor.
- La mantendremos al tanto- prometieron amablemente los investigadores antes de marcharse.
- ¿Qué querían preguntarte en tanta privacidad?- consultó molesta Julia porque la habían obligado a alejarse de su hija y eso la atemorizaba

- Hablar mamá- respondió Sofía en tono reflexivo- ¿Podrías llamar al doctor Reale? Necesito contarles algo.

Cinco minutos después, Fernando Reale cerraba la puerta de la habitación para escuchar, junto a Julia, la historia que cerraba los interrogantes y rencores que ambos habían cargado durante más de cuatro décadas.

Capítulo ix

8

uando el escándalo de Marcos Moldatti estalló, el República debió duplicar la impresión de su matutino y actualizar su sistema web para evitar que colapsara con la gran cantidad de usuarios que lo visitaban.

Sofía, recuperándose en casa de su madre, había escrito un completo reportaje con el material exclusivo que, extraoficialmente, le habían brindado Díaz y Toledo. El Presidente salió en todos los medios del país con un comunicado oficial, mediante el cual se desvinculaba completamente de las acciones de su Jefe de Gabinete.

Si el Presidente de la Nación sabía lo que Moldatti estaba haciendo, eso lo convierte en cómplice y, quizás, autor intelectual. Y si no lo sabía (tal como jura), entonces eso lo convierte en un inepto. Cualquiera de las dos opciones me preocupa, cerraba el informe central del República, firmado por Sofía Rivera. - No encontramos evidencia que vincule al Presidente- le aseguró Díaz una semana después- Pero sí es suficiente para encerrar a Moldatti y a sus cómplices.

Sofía suspiró frustrada. Por esta vez Ansaldi se saldría con la suya, pero ella sabía que políticamente estaba acabado. Ahora el movimiento de mujeres de todo el país lo presionaba para sancionar una nueva ley que otorgara más recursos estatales para disminuir los índices de violencia de género y contener a las víctimas de esa situación. Espero que eso brinde un poco de alivio a sus almas, reflexionó Sofía pensando en sus mujeres salvadoras.

Efectivamente, hacia fin de ése año la «Ley Mujeres Libres y Seguras» fue sancionada debido a las presiones de los movimientos sociales; obligando al Estado a asignar mucho más presupuesto a la causa, elevando la subdirección al rango de Ministerio de Género, capacitar a todas las fuerzas policiales en esa perspectiva, brindar medidas de seguridad concretas para las mujeres que denunciaban casos de violencia y poner plazos más cortos al Poder Judicial para juzgar y condenar a los femicidas.

Sofía no volvió a ver a los espíritus, pero de algún modo siempre las sentía cerca; y eso le daba paz. Los últimos meses le habían enseñado que las luchas por la igualdad no las gana una sola mujer; las ganaban todas juntas, abrazadas como una cadena irrompible. Si salvamos a una, nos salvamos todas, solía pensar. Aún faltaba mucho camino por recorrer, pero todas sabían que juntas, incluso con otras generaciones, algún día lograrían un mundo donde las mujeres vivieran sin violencia ni miedos.



Tiempo de calmar las aguas / Ana Brennan https://vimeo.com/441810495

Epílogo

Me duele el cuerpo y el alma. Me hierve la sangre, corriendo furiosa por mis venas. Me duelen las lágrimas de las mujeres golpeadas, violadas y asesinadas. Me duelen sus moretones, sus gritos ahogados, la ausencia que dejaron.

Me duele mi propia historia, donde mi abuela, acusada durante años de abandonar a su familia, había sido asesinada por mi abuelo, un femicida.

Me duele oír a otros periodistas, a vecinos y, peor, a jueces, preguntar 'si iba vestida muy sexy, o si era adicta, o si de algún modo se lo buscó'.

Me duele cruzarme de vereda cuando veo a un grupo de hombres, por miedo a que me hagan daño. Me duele saber que todas hacemos lo mismo, todos los días.

Me duele ver las fotos de mujeres asesinadas y, en ellas, mis miedos y esperanzas.

Pero de ese dolor que nos une y nos hermana, viene nuestra fuerza para gritar, desde lo más profundo de nuestras entrañas ¡BASTA!, y pararnos firmes y con la frente en alto, ante un mundo que nos quiere calladas y sumisas.

Estoy viva gracias a la fuerza de mi abuela y de todas las mujeres que dejaron, en sus miradas, un grito de lucha, resistencia y resiliencia.

Juntas somos imparables. No importa si consideras que no eres feminista; el feminismo te protege, te brinda derechos y amplía las libertades que nos fueron negadas durante siglos. No creas lo que dicen de que ser feminista es odiar a los hombres, por el contrario, buscamos igualdad, no superioridad. Puedes ser hombre y ser feminista.

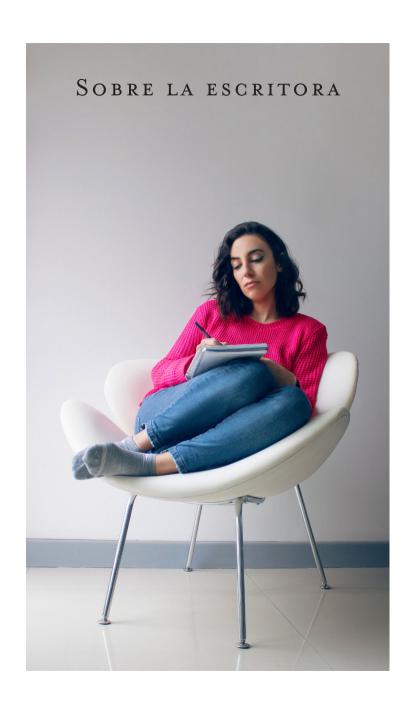
Juntas hacemos del duelo una fortaleza, y de la indiferencia, presencia. Nos falta mucho camino por recorrer; pero ya no caminamos solas. Hacemos nuestro propio trayecto, nos acompañamos, nos sostenemos y nos negamos a detenernos.

Esto es sólo el comienzo. Por mi abuela Victoria, por mi madre, por mis amigas, por tus hijas, y por todas las mujeres que habitan la tierra. Las que estuvieron, las que estamos y las que estarán. Por todas y cada una de nosotras: NI UN PASO ATRÁS.

Sofía Rivera. Diario República. Domingo 25 de noviembre. Día internacional de la lucha contra la violencia hacia las mujeres.

Julia depositó un ejemplar del diario República sobre la lápida recién colocada en la tumba de Victoria. *Amada madre y abuela. Siempre nos acompañas*, se leía en la inscripción del mármol. Sofia abrazó a su madre luego de depositar un ramo de rosas en el césped. Días atrás, junto a la policía, habían desenterrado el cuerpo de su abuela y corroborado las causas de su muerte. Estaba allí, tal como ella había dicho a los investigadores; en la misma caballeriza en la que Óscar se había suicidado.

Luego de eso, Julia había decidido dejar el rancho en manos de su administrador de confianza y mudarse a la ciudad. Quería estar más cerca de su hija y tratar de rehacer su vida después de tanta pérdida y dolor. Hija, me enorgullece tu valentía de cuestionar todo, de mostrar tu dolor y de buscar respuestas. Me inspiras, dijo mirando a la joven mientras desempacaban. Sofía sonrió y la abrazó en silencio, mientras el sol entraba por las ventanas del nuevo hogar de su madre.



Laura Bolognesi nació el 23 de Abril de 1985, en la Ciudad de General Alvear, provincia de Mendoza, Argentina; siendo la cuarta de cinco hermanos de una familia de clase media. A pocos meses de su nacimiento, su familia se mudó a la zona conocida como Gran Mendoza, donde ella reside hasta la actualidad. Su amor y habilidad por la escritura se podía observar desde sus primeros años de educación primaria, cuando comenzó a escribir poesías y cuentos cortos.

Ya de adulta, cursó sus estudios Universitarios en la Universidad Nacional de Cuyo, donde obtuvo el título de Licenciada en Comunicación Social, en el año 2012. Su personalidad curiosa y autoexigente la motivó a realizar un intercambio universitario internacional y a desempeñarse laboralmente en diversas áreas del periodismo y la comunicación de instituciones públicas y privadas, incluso antes de finalizar su carrera, adquiriendo así amplia experiencia a corta edad.

Cursó un Magister en Comunicación Digital Interactiva en la Universidad Nacional de Rosario y desarrolló, en conjunto con dos socios y grandes amigos, la primera Diplomatura en Comunicación Digital y Narrativa Transmedia de Mendoza, reconocida en el año 2020 por el Concejo Deliberante de la Ciudad de Mendoza al declararla de Interés Legislativo.

Durante muchos años escribió sin mostrar sus trabajos literarios, hasta que finalmente, decidió hacer pública su primera novela «Las mujeres que habitaban la noche», parte de la trilogía »La saga de la liberación».

Actualmente continúa escribiendo y desempeñándose como docente y asesora de de comunicación y otras áreas relacionadas, a través de la agencia Manasher en la que es cofundadora.

CONTACTOS



@laurabolognesi1



@lamujerdelcuaderno



laurabolognesi



mlaurabolognesi@gmail.com